

EL PRIMER DESCUBRIMIENTO DE AMERICA

*Antonio Lezama Astigarraga**

INTRODUCCIÓN

¿Que ves, hijo? — El paraíso, padre.

Tales deben de haber sido las palabras, hace unos doce mil años, de los primeros hombres que divisaron las inmensas praderas cubiertas de animales que se extendían al sur del Saskatchewan tras largos milenios de duro peregrinaje por las heladas estepas de Siberia y Alaska.

A partir de esse momento, América, sobre la que ya caminaban, sin transición aparente, desde sus orígenes siberianos, cobrará un carácter propio estimulando, con sus nuevas e infinitas posibilidades, de tal modo a sus primeros pobladores que, en el milenio siguiente, realizarán la proeza de poblarla hasta sus más remotos rincones.

Sobre esta aventura colonizadora (sin duda la más extraordinaria de la Historia), sus probables causas, sus mecanismos y sus consecuencias para los indoamericanos, tratarem en el presente artículo.

Sobre el poblamiento primitivo de América se han escrito infinidad de trabajos a lo largo del siglo, fundamentalmente en lengua inglesa. Se ha enfocado el tema desde diversos ángulos: la antigüedad de determinados

* Doctorado en Arqueología na Escola de Altos Estudos em Ciências Sociais, Paris, França. Professor do Departamento de Antropología, Facultad Humanidades y Ciencias de la Educación, Uruguay.

hallazgos arqueológicos, las diferencias o similitudes de las razas amerindias, las probables vías de acceso al continente, las asociaciones entre los rasgos arqueológicos e etnográficos de América y del Viejo Mundo, la lingüística, la genética, etc.

Creemos que a esta altura del desarrollo de las investigaciones es posible realizar una síntesis que aclare la interrelación de los diferentes aspectos que entraron en juego para provocar el poblamiento del Nuevo Mundo.

Esta síntesis se basa en un paradigma de carácter universal el cual, a nuestro juicio, sienta una base definitiva para la comprensión del problema del poblamiento.

Dicho paradigma consiste en que el poblamiento de América no fue un fenómeno excepcional donde las reglas normales del comportamiento humano se vieran completamente alteradas. Esto abriría el campo a las hipótesis más diversas e inverosímiles. Recordemos sino la llegada de australianos vía la Antártida, o el arribo de elementos "arios" generadores de las "altas culturas", entre tantas otras (Canals Frau 1973:498-500; Rivet 1960: 106-111).

El poblamiento de América es un hecho único pero responde a las pautas de esse comportamiento "normal".

Definir dicho comportamiento será la clave del presente trabajo, este es el que explica toda la aventura colonizadora del género humano, no sólo la americana, sino también la del Viejo Mundo.

El poblamiento de América no será visto entonces como un acontecimiento extraordinario, sino como el último capítulo del poblamiento de la tierra que comienza en los orígenes africanos de 1ª humanidad.

Mucho se ha discutido y se discute sobre la fecha del primer descumprimiento de América y será la arqueología la que en definitiva, por acumulación de evidencias, zanje la polémica (Meltzer 1989, Laming Emperaire 1980, Martín 1973, Bray 1988, Laughlin 1977, Klein 1975, Haynes 1988, Dillehay 1988, Graham & Heizer 1968, Griffin 1976, Jelinek 1971, Diamond 1987, Rouse 1976).

La interpretación tradicional del problema del poblamiento de América fue la difusionista, que tan fuertemente marcó a la historiografía uruguaya.

Las concepciones difusionistas surgieron y se desarrollaron entre las décadas del 30 y del 50. Su exponente principal es la obra del etnólogo francés Paul Rivet *Los orígenes del hombre americano*, publicada por primera vez en 1943 y revisada en 1957.

Las ideas difusionistas encontraron un medio favorable entre los investigadores argentinos quienes agregaron sus propios puntos de vista (Imbelloni 1948), los que, con la obra de S. Canals Frau *Prehistoria de América* (publicada en 1950 y re-editada hasta 1973) alcanzaron amplia difusión en el Uruguay.

La concepción difusionista esquemáticamente puede reducirse al principio que las grandes innovaciones de la humanidad se habrían producido en algunos pocos puntos privilegiados del planeta. Desde allí se difundirían, directa o indirectamente, a los demás pueblos del mundo.

De acuerdo a este marco teórico — y en razón de una supuesta supremacía histórica del Viejo Mundo — los rasgos culturales, antropométricos, lingüísticos, etc. presentes en el Nuevo Mundo deben tener su origen en el "Viejo". El corolario es un conjunto de demostraciones basadas en analogías.

Si en América encontramos un rasgo A, por ejemplo la pesca envenenando las aguas, este tiene su origen en un comportamiento similar en el Viejo Mundo que pasa a ser el rasgo A'; luego la tarea consisten en establecer la probable ruta de migración de A' hasta A.

Para establecer la lista de rasgos A y A' se recurrió a todo tipo de elementos, aunque el acento estuvo puesto especialmente en las características antropológicas (físicas) de los indígenas. Esto fue estimulado por la aparente diversidad de razas americanas. En segundo lugar se apela a una comparación de las lenguas (también caracterizadas por una gran variedad); y por último al registro arqueológico.

La crítica definitiva vendrá de los propios discípulos de Paul Rivet, del Museo del Hombre de París. Sus principales aspectos se encuentran resumidos en la obra de A. Laming Emperaire *El problema de los orígenes americanos. Teorías, hipótesis y documentos* publicada en forma póstuma en 1980.

La falta de sistematización del análisis y la pobreza del registro arqueológico llamado a sustentar las hipótesis, hace que el difusionismo sea abandonado como paradigma válido para la interpretación del poblamiento de América.

Su error fundamental consistió en no considerar que este era un problema histórico (prehistórico) y que los datos para su solución debían, necesariamente, ser aportados por la arqueología. El tiempo es la variable fundamental en todo proceso histórico y el difusionismo fracasó cuando fue demostrado que los rasgos similares encontrados en ambos "mundos", estaban cronológicamente separados por milenios. Fracasó también en no considerar que determinado rasgo cultural es el fruto de una realidad histórica concreta y que su conservación, abandono o transformación, debe ser explicado en base a la comprensión de ese momento histórico. No hay — a priori — razones para suponer la conservación a ultranza de características culturales en supuestos desplazamientos, en los que se atraviesan medios distintos, a lo largo de miles de kilómetros y durante miles de años.

El difusionismo tampoco aclaró los mecanismos culturales que hacen posible la difusión de un rasgo cultural de un pueblo a otro. Esta claro que, para ello, no basta el contacto ocasional entre dos culturas. Deben así excluirse, como origen de profundas transformaciones culturales, a los probables contactos accidentales que, acaso, se produjeron, por derivas o naufragios, a lo largo de la Prehistoria Americana. Como dato histórico señalemos que la presencia de los Vikingos en Groenlandia y el Labrador durante cerca de cuatro siglos no "difundió" ningún elemento que pueda ser reconocido entre los indígenas americanos.

No es imposible que alguno de los innumerables rasgos culturales americanos haya sido copiado o adaptado de su similar del Viejo Mundo. Este acontecimiento tiene que haberse producido únicamente cuando dicho rasgo encajara naturalmente en el estadio de evolución en que se encontraba la cultura americana en cuestión.

Por último los progresos de la arqueología americana han ido produciendo largas secuencias prehistóricas (de hasta 10.000 años en un mismo sitio), que muestran cómo el hombre, desde la ocupación primitiva de los mismos, fue gradualmente modificando sus estrategias de supervivencia, al introducir innovaciones técnicas y desarrollar su estructura social hasta generar las "altas culturas" que encontrarán los europeos en el siglo XVI.

Mientras en el Río de la Plata, influido culturalmente por Europa, el difusionismo se imponía, en Norteamérica, fundamentalmente en Estados Unidos, el paradigma dominante era el "evolucionismo", en

parte de inspiración neodarwinista. La polémica aquí se planteó en torno a cuál era el punto de partida, cronológico y cultural, de las culturas locales.

De este modo los norteamericanos — espíritus pragmáticos y poco dados a las especulaciones — concentraron sus esfuerzos en la investigación arqueológica de las diferentes culturas locales y en su reconstrucción prehistórica. Establecieron así las secuencias mencionadas sin gastar sus energías intelectuales en definir probables vinculaciones entre conjuntos de rasgos tomados en forma arbitraria.

Durante las tres primeras décadas del siglo predominó la posición del antropólogo físico A. Hrdlicka (Hrdlicka y otros 1912). En 1911 se encargó de demoler la teoría de un origen americano de la especie humana propuesta por el argentino F. Ameghino (Ameghino 1906). Hrdlicka consideraba a las poblaciones indígenas americanas como racialmente homogéneas y fruto de una inmigración reciente, por la vía del estrecho de Bering. Tal inmigración se habría producido a comienzos del Holoceno, hace 9 a 10 mil años. Estos inmigrantes habrían traído consigo un bagaje cultural mesolítico entendiendo por este una etapa de transición entre el paleolítico superior, (donde el hombre vivía principalmente de la caza) y el neolítico (la fuente de recursos principal es la agricultura). Por ser considerado ese momento como el más antiguo se denominó "arcaico".

En 1927 se produjeron los descubrimientos arqueológicos del sitio de Folsom en Nuevo México (Roberts 1940). Allí se encontraron, en una asociación indiscutible, puntas de proyectil de piedra tallada y restos de una especie de bisonte que había vivido en el pleistoceno. A partir de entonces se amplió el marco cronológico aceptándose un poblamiento inicial de fines del pleistoceno por parte de grupos de cazadores de la llamada "megafauna" pleistocénica. Se vincularían con sus similares del paleolítico superior del viejo mundo.

Este nuevo marco de referencia suponía una llegada del hombre al continente americano desde hace unos 15 a 20 mil años. Dicha cronología fue poco a poco precisándose, gracias a la introducción en 1950 de los fechados por C14, en torno a los 11 a 12 mil años antes del presente (el presente arqueológico corresponde al año 1950).

La acumulación de datos arqueológicos hará surgir en la década del 60 una nueva postura (Krieger 1964), de carácter polémico, centrada en

la existencia de un "hombre temprano". Sostiene un poblamiento primitivo de América muy anterior al de los cazadores de grandes presas armados con puntas de proyectil de piedra tallada.

Con el paulatino abandono del difusionismo en el resto del continente, este nuevo paradigma se transformará, hasta el día de hoy, en el centro de las discusiones en torno al poblamiento de América a nivel mundial, dividiendo a los investigadores entre los partidarios de un poblamiento "reciente" (de hace 12 mil años) y los partidarios de un poblamiento "temprano" (los más radicales lo remontan a centenares de miles de años).

De este modo, principalmente a influjo de la escuela norteamericana, la discusión se ha vuelto principalmente arqueológica y las posiciones se confrontan en función de los resultados de diferentes hallazgos y excavaciones a lo largo del doble continente.

Los antropólogos físicos y los lingüistas no son ajenos a esta polémica. En estas áreas se han acumulado investigaciones que permiten una mejor comprensión del problema.

De fundamental importancia han sido los progresos metodológicos desarrollados por ambas disciplinas. Ellos han permitido acortar los límites de las mismas. No tenemos espacio ahora para desarrollar las distintas posiciones a que han llegado diferentes investigadores; señalemos sí, que no existe aún acuerdo entre los mismos sobre el grado de homogeneidad o diversidad de las razas y lenguas americanas.

Parece, sin embargo, estar formándose un consenso en torno al concepto de que las variaciones lingüísticas y raciales son algo menores de lo sostenido en otras épocas y — aspecto trascendente para la comprensión del problema que nos ocupa —, que no existiría todavía la posibilidad de establecer si esa variación, tanto en un campo como en el otro, es consecuencia de una evolución local o de una importación por nuevas "oleadas" de inmigrantes.

Los límites de la "glotocronología" parecen ser insuperables y no son de esperar progresos por ese lado. Por el de la antropología física podemos aguardar que el avance en los conocimientos sobre la genética, así como la recuperación de células fósiles, permitan algún día establecer un "reloj biológico" que dé una referencia temporal para el momento de la separación entre los hombres americanos y sus congéneres asiáticos (Greenberg y otros 1986).

La situación actual del problema puede resumirse en dos posiciones principales.

La primera, que agrupa a la mayoría de los investigadores, considera que los primeros hombres que llegaron a América lo hicieron por la vía del Estrecho de Bering hace aproximadamente 12 mil años. Estos hombres serían portadores de una cultura similar a la del Paleolítico Superior del Viejo Mundo a la que mayoritariamente denominan "paleoindio". Dicha población primitiva habría luego evolucionado localmente hasta la llegada del europeo. No se descarta la llegada de otras corrientes migratorias, pero estas sólo habrían afectado la parte norte de Norteamérica.

La segunda, con un mayor número de partidarios en Sudamérica, es menos precisa y se centra en la existencia de un poblamiento anterior a 12 mil años. No hay consenso en cuanto a la antigüedad del mismo y por lo tanto tampoco en cuanto a sus características físicas y culturales. La investigadora brasileña María Conceição de Beltrão, por ejemplo (Beltrão y Danon 1987), ha defendido la existencia de yacimientos arqueológicos de más de 300 mil años de antigüedad. El poblamiento sería, entonces, obra de pre-sapiens con una cultura del paleolítico inferior. Sin irse a tales extremos, los defensores de un poblamiento "temprano" coinciden en que este fue obra de un muy pequeño número de pobladores, que portarían una tradición cultural muy primitiva. Estaría caracterizada por la presencia de lascas filosas sin una forma predefinida. No hay consenso sobre el hecho de si las posteriores culturas americanas habrían evolucionado a partir de estos primitivos habitantes, o serían la consecuencia — retomado el difusionismo — de posteriores "oleadas" de pobladores. La bibliografía referente a esta postura es muy extensa, señalemos en particular a Krieger (1964), Brayan (1978), Schobinger (1988), Dillehay (1988), Guidon y Delibrias (1985) y Ardila y Politis (1989) para una descripción de esta.

Para sustentar la hipótesis desarrollada en este trabajo, sólo tomaremos en cuenta aquellos yacimientos americanos con una antigüedad no superior a los doce mil años, pues como veremos más adelante, los de mayor antigüedad son objeto de diversos cuestionamientos.

Esta exclusión se basa en dos razones fundamentales. La primera, radica en que los sitios con una antigüedad superior a dicha fecha no son

sitios probados (como veremos en el capítulo correspondiente) pues no cuentan con una aceptación mayoritaria de la comunidad científica. Toda demostración debe hacerse en base a hechos irrefutables (probados) y no probables. La segunda razón está basada en el sentido común. Este nos indica que no puede haber poblamiento de América por Beringia anterior a la invención de una tecnología que permita sobrevivir por años en las regiones más inhóspitas del planeta, con 0° centígrado de isoterma en el mes de enero, por encima de los 60° de latitud Norte.

Esta tecnología es, sin duda, la del Paleolítico Superior y sus antecedentes más remotos tienen a lo sumo cuarenta mil años en el centro de Europa y tan sólo 15 mil en Siberia Oriental (McBurney 1971, Chmielewski 1971).

Poblamientos de América anteriores suponen el desplazamiento por mar. Este también debe ser excluido en las zonas frías para épocas remotas. Por su parte, la sofisticada tecnología, capaz de asegurarle la supervivencia a los pueblos litorales del extremo norte, al procurarles las calorías imprescindibles para sobrevivir, está arqueológicamente fechada en el Holeceno (Dumond 1987). En este sentido no sirven las comparaciones con Australia (Hallam 1977) con un poblamiento que parece remontarse a 50 o 60 mil años (Roberts y otros 1990) y que debió atravesar por lo menos algunas decenas de kilómetros de mares tropicales, partiendo de territorios que ya estaban poblados desde el Paleolítico Interior.

La ocupación de un mundo vacío de hombres debió estar sujeta a determinadas reglas que explican sus características. Las dificultades para reconstituirlas son enormes, pues responden a un tipo de situación sobre la cual los documentos resultan escasos y limitados.

Esta situación clave es la de "frontera".

Debemos entender las características del comportamiento humano cuando enfrenta un mundo vacío, abierto, teniendo tras sí otro ocupado, donde se compite por los recursos, pero donde también están los parientes, la seguridad del grupo, el socorro ante los imprevistos.

Esta es la gran diferencia con las interpretaciones anteriores relativas al poblamiento y al comportamiento de los grupos que los llevaron a cabo, pues todas ellas han buscado paradigmas en los testimonios etnográficos e etnohistóricos tomados en pueblos con un nivel de desarrollo y un conjunto de actividades de subsistencia similares a los

de los grupos que arqueológicamente se han reconocido como protagonistas del poblamiento americano. Pero estos ejemplos no reflejan la situación de "fronteras", se refieren a poblaciones instaladas en determinado territorio, rodeadas por otras poblaciones que defienden sus propios dominios. Estas condiciones son totalmente distintas a las de la "frontera" donde las posibilidades de expansión no están sujetas a complejas elaboraciones ideológico-político-militares.

A partir de datos limitados — pues salvo los arqueológicos habrán sido tomados de un mundo ya totalmente poblado, sacados de fronteras "relativas" donde las poblaciones colonizadoras no se enfrentan a territorios vacíos sino escasamente poblados — deberemos reconstruir este tipo de comportamiento.

Las primeras reglas deberán deducirse de la biología, pues resultan del comportamiento de los hombres como especie, y no ayudarán a la hora de reconstruir el comportamiento social. Es el caso de la capacidad de reproducción, de las limitaciones de la endogamia, de los requerimientos calóricos en distintos tipos de clima, etc (Dumond 1975, Ammerman 1975, Speth 1987).

Un segundo conjunto de reglas se refiere al comportamiento social de estos grupos fronterizos, a su número, a su grado de cohesión, su capacidad de innovación, conservadurismo, etc, (Wobst 1976). Ambos conjuntos constituyen el gran capítulo de la demografía prehistórica.

Finalmente, en el capítulo denominado el poblamiento de América, pasaremos revista a los principales datos arqueológicos relativos al poblamiento de América produciendo una interpretación coherente de los mismos.

LA DEMOGRAFIA PREHISTORICA

La reconstrucción del comportamiento demográfico de las poblaciones prehistóricas ante una frontera despoblada es uno de los principios fundamentales para entender el poblamiento de América.

Para ello se debe establecer cuales son las tasas de reproducción y los grados de dispersión posibles. Estas están en relación directa con la potencialidad del territorio, estimada de acuerdo a las necesidades

calóricas, las que a su vez son dependientes del tipo de actividad desarrollada para procurarse la subsistencia.

Sobre estas bases, que dependen lógicamente del modo de vida adoptado, se podría estimar la densidad de habitantes por kilómetro cuadrado.

Es esta dependencia con un determinado modo de vida la que marca los límites de la expansión inicial de la especie humana.

Las primeras regiones en ser conquistadas por el hombre serán aquellas para las cuales está especialmente adaptado, física y culturalmente. Las otras, en primero lugar, las regiones templadas como luego lo serán las frías, representan una verdadera frontera inviolable pues los hombres no están capacitados para vivir en ellas. Dentro de esta frontera y en función del éxito de la adaptación a dicho medio, el género crecerá en número, lenta pero firmemente. Se generan así las condiciones que propiciarán el aprovechamiento del salto evolutivo que permitirá acrecentar el territorio disponible.

Los primeros homínidos surgen en Africa hace aproximadamente dos millones de años. Están particularmente adaptados a un clima cálido en un medio caracterizado por la frontera entre el bosque y la sabana (White 1982, Taieb & Poupeau 1980). Su acervo cultural, caracterizado por guijarros tallados y algunas lascas simples, y su capacidad biológica los limitan a este medio al que ocuparán durante un millón y medio de años.

Mucho se discute sobre cuál habrá sido el modo de vida de los *Homo Habilis*, tratando de estimar el peso relativo de la dieta de origen animal o vegetal. Parece existir un consenso sobre el hecho de que si bien la carne un elemento fundamental en la dieta, esta no habría sido obtenida mediante técnicas de caza "ofensivas", sino de una manera "oportunistamente", aprovechando animales muertos por los grandes carnívoros, o ultimando aquellos que se encontraran en un grado de debilidad extrema, a la manera de las hienas (Shipman 1986, Lee 1981, Klein 1977). Este modo de subsistencia "carroñero" con su dependencia estrecha hacia medios ecológicos restringidos es el que habría limitado la expansión de esta especie.

Hace aproximadamente un millón de años se habría producido el primer salto evolutivo, tanto biológico como cultural. Aparece el llamado *Homo Erectus*, con una mayor capacidad craneana y una cultura,

sofisticada en relación a la anterior, caracterizada por la presencia de bifaces y lascas retocadas.

Este equipo técnico más perfeccionado, permitirá romper la estrecha dependencia, con el medio ecológico del período anterior. El *Homo Erectus* ocupará entonces la totalidad de las zonas cálidas del planeta y hará una primera incursión en las áreas templadas.

No es fácil determinar — tampoco para los *Homo Erectus* — cual fue su modo de subsistencia. Algunos yacimientos situados cronológicamente cerca del final del período, como los de Torralba y Ambrona (Howell & Freeman 1982), estarían indicando la existencia de un tipo de caza más ofensivo, atacando con palos de punta endurecida por el fuego e animales que se encontraban en condiciones de inferioridad.

Es el momento previo al inicio de las glaciaciones cuaternarias cuando el clima era más cálido que el actual y los elefantes llegaban hasta las Islas Británicas.

Con el inicio de las glaciaciones, hace aproximadamente unos seiscientos cincuenta mil años, la especie humana será sometida a un considerable estrés por las modificaciones en el clima y las consecuentes variaciones en los territorios ocupables.

De este modo se generarán nuevamente las condiciones en que la "supervivencia del más apto" será definitoria. Los más aptos, hablando de hombres, son aquellos que pueden modificar su cultura de acuerdo a las nuevas situaciones a enfrentar y estos serán a su vez los que dispongan de una base biológica mejor adaptada para estos fines. Surgen ahora los primeros "*Homo sapiens*" y un nuevo desarrollo de las culturas paleolíticas, conocido como "Paleolítico Medio".

Este período que comienza hace unos doscientos mil años permitirá terminar la colonización de las zonas templadas del planeta e iniciar el de las zonas frías aledañas.

Es necesario aclarar que, hasta el momento, no hay pruebas fehacientes de la presencia del hombre en las zonas frías, a más de 55 grados de latitud norte, antes del Paleolítico Superior. Se ha señalado que algunos sitios arqueológicos correspondientes al paleolítico medio y aún inferior se encontrarían dentro de áreas de clima frío, pero salvo para algunos de Europa Central que cultural y cronológicamente se encuentran en el período de transición con el paleolítico superior, los datos no son

claros pues se encuentran mezcladas faunas de período cálidos y fríos (James 1989, Bordes & Thibault 1976).

Recordemos que nos encontramos en las últimas etapas del período glaciario y que durante las glaciaciones buena parte de los territorios hoy emergidos se encuentran bajo espesas capas de hielo. Las regiones nórdicas que no lo están, se caracterizan por la presencia de tundras y estepas heladas (Watanabe 1971). Esto tiene implicancias demográficas y geográficas.

La acumulación de agua en los glaciares provocó un descenso de decenas de metros en el nivel de los mares haciendo emerger vastas zonas costeras que hoy se encuentran sumergidas. De este modo el territorio que se perdía por un lado era en cierta medida recuperado a lo largo de las costas. Así se produjo también la emersión del territorio del estrecho de Bering, que unía en un sólo continente Asia y América, formando un puente terrestre de hasta mil ochocientos kilómetros de ancho por el que pudieron intercambiarse plantas y animales (Hopkins y otros 1982).

Finalmente, hace aproximadamente cuarenta mil años, se produce el último salto tecnológico evolutivo con la aparición de nuestra propia especie, el *Homo Sapiens Sapiens*, y de un nuevo desarrollo cultural conocido como "Paleolítico Superior".

Será el hombre del Paleolítico Superior el encargado de conquistar las zonas frías del planeta y quien, en sus peripecias a través de éstas, llegará a América colonizando la llamada "Beringia" que en aquel momento unía, formando un todo, Siberia Oriental y Alaska.

Los hombres del Paleolítico Superior llevarán a su máximo grado de perfeccionamiento la talla de las rocas duras, produciendo finas lascas conocidas como láminas y también puntas de proyectil, adelgazadas bifacialmente mediante la técnica de la presión. El prototipo mejor conocido son las llamadas "hojas de laurel" de altas performances balísticas.

Estas puntas de proyectil bifaciales en piedra tallada y la aparición de otras en hueso pulido, constituyen un acervo técnico, que junto a los numerosos restos de animales muertos, y los testimonios del arte parietal y mueble, nos están indicando claramente una economía basada en la caza ofensiva de grandes herbívoros. Aclaremos que el carácter fundamental de la caza de grandes animales está probado arqueológicamente por la preponderancia en la elaboración de instrumentos para esse fin, y en la

distribución desigual de los restos de fauna en los vacimientos. Esto por supuesto no excluye el aprovechamiento de otros recursos, vegetales o litorales, que complementaban la dieta y que en algunas regiones (que no son precisamente las zonas heladas para el caso de los vegetales) pueden haber sido los principales.

Este tipo de caza mayor supone una organización del trabajo que tiene implicancias de tipo social, que no podemos trasladar con certeza para los períodos anteriores. El enfrentar los rebaños de grandes herbívoros, como el mamut por ejemplo, necesita de verdaderas estrategias de caza en las que debían participar un número mínimo de individuos organizados y dirigidos. Asimismo, el aprovechamiento de estas grandes presas que nos podían ser consumidas en forma inmediata, supone criterios de almacenamiento y distribución entre aquellos que no han participado directamente en la cacería.

Estas implicancias nos están hablando de una mayor complejidad social que repercute directamente en la interpretación de nuestro tema, pues de ella dependerá también, junto con las determinantes biológicas, el número mínimo de individuos que deben componer un grupo de cazadores de grandes presas del Paleolítico Superior.

El éxito de esta economía queda demostrado tanto por aumento en el número de sitios como por la propia colonización de las estepas frías, donde pastaban rebaños de animales adaptados al clima y que hasta ese momento no habían sido aprovechados.

Es este lento peregrinar del género humano, pautado por los progresivos saltos en la evolución biológica y cultural que le posibilitan afrontar zonas cada vez más inhóspitas, al que denominamos "paradigma universal", el que nos permite comprender el poblamiento de América como el último paso del mismo.

Debemos aclarar que no se propone aquí que dichos saltos evolutivos se hicieran en función de la necesidad de colonizar las zonas deshabitadas para aliviar la presión demográfica. Sin excluir esta posibilidad, pensamos que lo más probable es que los mismos se hayan producido al interior de las fronteras donde esa presión tendría mayores probabilidades de manifestarse. Esos saltos tecnológicos que permitían un mejor aprovechamiento de las áreas ya pobladas generarán a su vez la potencialidad de utilizarlos en la conquista de nuevo territorios.

Señalemos un concepto fundamental para esta interpretación: desde el punto de vista estrictamente técnico no hay ninguna "barrera" ningún "salto" desde que los primeros *Homo habilis* golpearon dos guijarros de rocas duras — de fractura concooidal — para obtener un borde filoso, hasta que los *Homo sapiens sapiens* del paleolítico superior elaboraron las sofisticadas puntas "hoja de laurel".

Las distintas etapas tecnológicas del paleolítico han consistido, en términos generales, únicamente en agregar nuevos "golpes" a los iniciados por el *Homo habilis*. De este modo en lugar de tener un "Chopper" (guijarro sobre el cual se ha lagrado un borde cortante retirando unas pocas lascas), agregando más golpes y retirando más lascas sobre ambas caras, obtendremos un "bifaz". Agregando más golpes al bifaz conseguiremos reducirlo a una fina hoja que puede ser utilizada como punta de proyectil.

Por supuesto que hubieron variantes e innovaciones: percutores "duros" (piedra) o "blandos" (hueso, cuerno, madera), golpes "directos" e "indirectos", con el núcleo de materia prima apoyado o suelto, o finalmente ejerciendo presión en lugar de golpear. Es indudable que el principio general es el mismo y que quien puede fabricar un Chopper, si es capaz de concebirla o, si realmente la necesita para sobrevivir, puede también fabricar una "Hoja de laurel".

Este es un aspecto importante a la hora de la interpretación arqueológica de los hallazgos paleolíticos y debe ser tenido en cuenta para explicar la falta de correlación tipológica entre los conjuntos paleolíticos de las áreas cálidas y de las áreas frías y templadas. Esto será retomado a la hora de interpretar los hallazgos americanos.

Se ha calculado la población a fines del Paleolítico entre 3 y 5 millones de habitantes lo que, tomando como punto de partida dos millones o un millón de años, daría una tasa de crecimiento demográfico del 0.0007 al 0.0015% por año (Dumond 1975:717). La superficie terrestre habitable comprende 136 millones de kilómetros cuadrados y la densidad de población promediaría los 0.03 habitantes por kilómetros cuadrado. Esta densidad debe ser comparada con la de las poblaciones cazadoras recolectoras conocidas etnográficamente, que ha estimada en un máximo de 0.4 habitantes por kilómetro cuadrado.

No conocemos estimaciones sobre la población prehistórica en el paleolítico inferior y medio, estimación harto difícil dada la escasez de

restos humanos. Parece bastante evidente, que (aún teniendo en cuenta la pérdida de sitios por el mayor tiempo transcurrido) los sitios arqueológicos fueron en aumento a lo largo de todo el Paleolítico y que el crecimiento de población resulta en términos generales permanente (Cohen 1981).

Existen estimaciones sobre la esperanza de vida de las poblaciones *presapiens* así como algunas especulaciones sobre sus tasas de reproducción en función de esta y también por comparación con nuestros primos los chimpancés. Estas especulaciones son de difícil manejo y debemos asignarles una importancia relativa. El hecho es que, posiblemente, con tasas reproductivas extremadamente conservadoras estas primeras especies de hombres lograron ocupar y poblar la totalidad del medio que estaba técnica y biológicamente a su alcance.

Partamos entonces de la situación a comienzos del Paleolítico Superior con nuestra propia especie, cuyo comportamiento podemos estimar en forma más fiel, en vísperas de lanzarse a la conquista del territorio aún desocupado del planeta, la frontera, con los aproximadamente 20 millones de kilómetros cuadrados de tundras y estepas de Europa, Siberia, Beringia, Alaska y Canadá.

Los estudios sobre cazadores recolectores históricos han mostrado cómo estos se desplazan sobre un territorio delimitado.

Según L. Binford, en el caso de los esquimales *Nunamiut*, el territorio está dividido en grandes áreas, cada una de las cuales sirve como base para los desplazamientos estacionales. Estos se repiten durante algunos años hasta que el área comienza a ser deficitaria y entonces se desplazan a otra de las áreas de su territorio donde recomienza el circuito estacional. El recorrido total del territorio del grupo puede llegar a comprender una generación. Al mismo tiempo, como grupo, permanentemente tienen conciencia de la totalidad del territorio que ellos controlan, así como de la potencialidad de sus recursos (Binford 1988:220-4).

Este ejemplo de poblaciones adaptadas al ártico puede servirnos de base a la hora de interpretar los primeros desplazamientos por la zona helada.

El grupo humano situado en la frontera de las regiones frías conoce y controla un determinado territorio. En la medida que desarrolla una tecnología que le permite aventurarse en dichas zonas empezará a incluir como área de posible aprovechamiento las cercanas a su punto de partida,

sin abandonar a priori este, pues conoce su potencialidad que se renueva periódicamente. La causa probable del abandono del antiguo territorio por parte del grupo, parece ser, razonablemente, el crecimiento demográfico.

Estas nuevas tecnologías, más eficaces hacia el interior del nuevo territorio, desarrollan la capacidad depredadora de la especie al mismo tiempo que estimulan — por mayor disponibilidad de recursos — el crecimiento demográfico, acelerando la llamada “presión de población” y estimulando la necesidad de nuevos territorios.

Coincidentemente, la disposición “ilimitada” de recursos por efecto de una frontera abierta, tiene que haber incidido decisivamente en el comportamiento reproductor. Este se relaciona históricamente con la conciencia que el grupo tiene sobre la disponibilidad de bienes (Dumond 1975: 719-20).

¿Que frena entonces el desarrollo de una verdadera explosión demográfica y la rápida colonización del área helada?

La respuesta se encuentra seguramente en el medio inhóspito sobre el que se desarrolla la colonización (ver *infra* p. 13 y 19). Esta contaba con una tecnología cazadora eficaz para proveer las 3.800 calorías diarias necesarias para sobrevivir en el medio helado, pero que está en el límite de sus posibilidades. No olvidemos que la demografía es el cociente entre los nacimientos y las muertes y estas pueden haber sido significativas en un medio de extrema dureza.

EL POBLAMIENTO DE SIBERIA

De acuerdo a lo expuesto el poblamiento de América sólo pudo haberse producido una vez logrado el poblamiento de Siberia.

El territorio siberiano comprende una enorme superficie (unos 10 millones de kilómetros cuadrados) y su conocimiento arqueológico se ve dificultado por la baja densidad de población y las dificultades que el propio medio geográfico plantea. De este modo debemos tener presente que los datos que manejamos (enrarecidos a su vez por las dificultades de acceso a materiales en lengua rusa, excepcionalmente traducidos al inglés) son de carácter primario (Michael 1984:1-2). El bosquejo de la prehistoria

siberiana que de ellos se deduce seguramente resultar alterado por nuevas investigaciones.

El registro arqueológico disponible (Okladnikov & Pospelova 1982, Klein 1971, Michael 1964 y 1984, Dikov & Titov 1984, Okladnikov 1961, Mochanov 1978, Tolstoy 1958) nos muestra que los sitios más antiguos se encuentran al occidente de Siberia, en la llanura aluvial del río Ob y se van haciendo cada vez más recientes, cuenca del Yenissei, lago Baikal, ríos Lena y Aldán y finalmente península de Kamchatka. En ningún caso están comprobados asentamientos anteriores al último episodio glacial (30.000-10.000 A.P.) denominado Sartán para Siberia (Klein 1971:136-138).

Debemos entonces, en principio, descartar que la ocupación de Siberia se hubiera producido mediante desplazamiento de poblaciones en sentido Sur-Norte. Esta ausencia de pruebas arqueológicas es coherente con las dificultades de índole geográfica que plantearía esta ruta de migración, como la presencia de las grandes cadenas montañosas de Mongolia, con la consecuente formación de glaciares y, principalmente, por la presencia de un medio sumamente inhóspito, de una verdadera frontera natural, el bosque de coníferas — la taiga — que se extiende sobre el territorio sur de Siberia, prolongándose hasta el Océano Pacífico (Klein 1971:143, Vaskovskiy 1964:494-496). El bosque de coníferas supuso una menor disposición de recursos para los cazadores del Paleolítico Superior en relación a las estepas frías y la tundra, donde se encontraban las manadas de grandes herbívoros, su fuente principal de alimentos. De este modo, pese a corresponder a un medio menos frío, era ecológicamente más difícil de aprovechar y su ocupación será entonces más tardía, una vez agotada la posibilidad de colonización de las zonas esteparias (Watanabe 1971).

La adaptación al medio frío parece haberse producido entonces a partir de las poblaciones paleolíticas del este de Europa, como lo estarían indicando los sitios de Rusia, Ucrania y Bielorusia fechados desde 36000 a 33000 A.P. (McBurney 1971:238, Dmitriyeva 1980: 828-829 ver también Budko 1971, Schovkoplyas 1971), las que cruzando los Urales se habrían extendido hacia el este. Sin embargo debemos tener presente, que en base a los datos actuales, no podemos descartar totalmente que dicha adaptación se haya producido también, aunque más tardíamente, en otras regiones fronterizas con Siberia, como el Asia Central y Manchuria, y que desde allí se haya extendido hacia el Norte y el Noreste.

El tema del origen de las primeras poblaciones siberianas es clave desde el punto de vista de la antropología biológica americana pues el mismo está relacionado con el discutido problema del origen del homo sapiens sapiens y de las diferentes razas humanas incluyendo el supuesto carácter "protomongolóide" de las poblaciones americanas.

Lamentablemente disponemos de aún menos información sobre la arqueología de la ex Asia Central soviética donde estarían registrados yacimientos correspondientes al paleolítico superior que habrían sido precedidos por una muy probable ocupación "musteriense".

Veamos entonces los datos correspondientes a la Prehistoria Siberiana, ordenándolos en primer lugar en función del registro cronológico (elemento clave para determinar la fecha del probable pasaje al territorio americano) para luego considerar las tradiciones culturales (también deben ser relacionadas con las que se encuentren en América).

Con el mismo criterio que aplicaremos a los yacimientos americanos, elaboremos esta síntesis únicamente en función de los sitios cronológicos aceptados, dejando expresamente de lado aquellos cuya asignación es objeto de polémica.

De este modo se dibuja un cuadro bastante coherente en el cual los sitios más antiguos se encuentran en el Oeste y se van haciendo cada vez más recientes a medida que avanzamos hacia el Este. Repitamos que no debemos perder de vista que estamos tratando con algunas decenas de sitios desparramados sobre un territorio de millones de kilómetros cuadrados.

No hay en Siberia — con la única e improbable excepción del sitio de Ulalinka (Okladnikov & Pospelova 1982:710-712) — yacimientos correspondientes al paleolítico inferior y medio y los sitios que mencionaremos corresponden todos, cronológica y culturalmente al Paleolítico Superior.

Los sitios más antiguos se encuentran al oeste del lago Baikal: Malta, en la cuenca superior del Angara y Afontova Gora, en el curso medio del Yenissei (aproximadamente 100° E y 50° N), que están fechados en sus niveles más antiguos en 23000 y 21500 A.P. respectivamente. Luego seguirían los fechados que corresponden a los sitios del trans-Baikal y del valle del río Aldán (60-63° N, 130-135° E), donde destacaremos los de la cueva Diuktai (13400 A.P.) y el sitio de Bareleck, el más nórdico que se haya registrado (71° N 140° E), con 12800 A.P. Luego el sitio de Ushki en

la península de Kamtchatka (60° N, 160° E) — el más próximo a América — con 14300 A.P. Finalmente los sitios del curso superior del río Kolyma, zona obligada de pasaje para un desplazamiento sur-norte a lo largo de la costa del mar de Okhotsk, con sus fechados notablemente tardíos de 10000 A.P. (datos de Michael 1984, Dikov & Titov y Klein 1971).

Este cuadro es cuestionado únicamente por los fechados de los sitios sobre el río Aldán, en particular el de Ezhantzy, propuestos por el investigador Y. Mochanov (1978), los que harían retroceder la ocupación de Siberia — aunque siempre dentro de los límites cronológicos y culturales del Paleolítico Superior — a 35000 años A.P. Estos fechados han sido cuestionados (Dikov & Titov 1984:69-702, Hoffecker 1989:417) y son cuestionables por la incoherencia entre las fechas y las características tipológicas que habrían permanecido inalteradas durante 21 mil años (Michael 1984:16). Hemos retenido aquí los fechados de la cueva de Diuktai, que da el nombre a la cultura epónima, por la seguridad que nos brinda su estratigrafía.

El prehistoriador debe tener presente que la reconstrucción paleogeográfica de Siberia Oriental es particularmente compleja, pues la zona se encuentra cortada por numerosas cadenas montañosas, desde las cuales se extendieron calotas glaciales, influyendo en la extensión de los sistemas de tundra y de taiga (Vaskovskiy 1964). La geografía presentó pues, serias dificultades para el avance de las poblaciones humanas. No debemos imaginarnos una extensión geográfica uniforme, donde los hombres hubieran podido expandirse libremente y a un ritmo constante, sólo determinado por las características demográfico-culturales de dichos grupos.

Desde el punto de vista de su acervo cultural los sitios siberianos pueden dividirse en dos grandes tradiciones, ambas tipológicamente adscritas al Paleolítico Superior.

Por un lado los sitios bien conocidos del cis-Baikal de Malta y Buret (53° N, 103° E) donde se desarrolló una tradición de tipo "auriñaciense" con énfasis en la fabricación de láminas y el trabajo del hueso y del marfil, pero sin presencia de puntas de proyectil bifaciales en piedra tallada (de tipo "foliáceo" o "leptolítico") (Gerasimov 1964). Por el otro, la tradición correspondiente a la llamada cultura Diuktai. Se identifica por la fabricación de puntas de proyectil foliáceas y de laminillas o micro láminas, extraídas a partir de núcleos especialmente preparados, cono-

cidos bajo el nombre de núcleos "en cuña" o núcleos "gobi" (Mochanov 1978).

Ambas tradiciones culturales parecen haberse basado en la caza de los herbívoros de las estepas, particularmente del Mamut, para la satisfacción de sus necesidades principales.

Los tipos de asentamiento, cuando han podido ser reconocidos como en el caso de Ushki, corresponden para sus primeros niveles a grandes viviendas de 100 m², construidas en parte con huesos de mamuts, que deben de haber servido de residencias colectivas (Dikov & Titov 1984:74).

Poco podemos adelantar aquí sobre la reconstrucción de su modo de vida y sobre una explicación de las diferencias entre estas dos tradiciones culturales. Estas se encuentran separadas en el tiempo y en el espacio por distancias lo suficientemente apreciables como para generar diferencias en el registro tipológico. Inversamente, sería la conservación de rasgos similares lo que debería llamarnos la atención, pues no ocurre en ninguno de los registros arqueológicos conocidos para el paleolítico superior, ni en una misma región, y menos aún, sobre decenas de miles de kilómetros cuadrados (un área comparable a la superficie de Europa).

EL POBLAMIENTO DE ALASKA

En Alaska se repiten las mismas dificultades que en Siberia para establecer de un cuadro arqueológico relativamente completo.

Sin embargo, pese a estas, ha sido el escenario de una búsqueda sistemática de sitios que pudieran aportar respuestas al problema del poblamiento (Hoffecker 1988, Dixon 1976 y 1985, Ten Brink y Waythomas 1985).

Estas investigaciones han resultado pobres en materia de hallazgos, pero muy ricas en información geomorfológica y paleoecológica. Estas nos permiten conocer los límites de las prospecciones arqueológicas y las dificultades que el medio opuso al avance de los primeros pobladores. Dos hechos parecen ir conformándose. Por un lado, los sedimentos correspondientes al cuaternario han sufrido profundas alteraciones y los contextos geomorfológicos donde podrían encontrarse vestigios de un poblamiento anterior a 13 mil años son relativamente escasos. Limitan

entonces las posibilidades de encontrar sitios anteriores a esta fecha. Por el otro, en aquellos lugares donde estos suelos existen, las prospecciones no han arrojado resultados positivos sobre la presencia humana más allá de 12 mil años A.P. y tampoco, lo que sería una evidencia indirecta, donde se encuentran redepositados los sedimentos removidos; tampoco hay presencia de herramientas en piedra tallada.

Los sitios más antiguos de Alaska tienen aproximadamente 12 mil años de antigüedad aunque el sitio de Bluefish Cave en el Yukón podría tener hasta 15 mil años (Hoffecker 1988: 109). Los sitios con fechados más antiguos se encuentran en la cuenca del río Nenana, destacándose en particular Dry Creek y sitios vecinos con fechados de 11800 A.P. (Powers y Hoffecker 1989).

Desde em punto de vista cultural, dado lo reducido de la muestra, la determinación no es definitiva aunque es indudable que estas industrias presentan claros paralelos con el paleolítico Siberiano.

Existe un estadio cultural bien definido, conocido como cultura Denali que se caracteriza por el énfasis puesto en la fabricación de laminillas, con claras relaciones tipológicas con la cultura siberiana de Diuktai. Se discute si se puede definir un estadio anterior "pre-Denali" establecido en base a una mayor preponderancia de las puntas de proyectil y un menor énfasis en la fabricación de laminillas. Se han propuesto las denominaciones de "complejo Nenana" y "complejo Chindadn" para esta etapa (Dixon 1985, Powers y Hoffecker 1989).

Una estratificación similar se daría en Kamtchatka, en el sitio de Ushki, donde para los primeros niveles las puntas serían el elemento preponderante (Dikov y Titov 1984: 74). Es difícil establecer una situación definitiva puesto que en ambos sitios, los diferentes hallazgos de artefactos se encuentran agrupados por zonas, hallándose concentraciones de laminillas por un lado y concentraciones de puntas bifaciales por otro. Esto puede dar como resultado el sesgamiento de la muestra, si la misma no proviene de excavaciones a gran escala.

No tenemos, para la arqueología de Alaska, reconstrucciones sobre el tipo de habitat que permitan hacer comparaciones con Siberia. Los restos culturales están asociados a fauna extinta. Las puntas de proyectil son del tipo lanceolado, triangulares y en forma de lágrima (Dixon 1985, Powers y Hoffecker 1989). Hay que señalar el hallazgo en forma aislada

de puntas acanaladas similares e las que luego encontraremos hacia el sur del continente norteamericano.

Estas, en los pocos casos en que han sido hallados en contextos fechables, se ubicarían entre el 11 y el 10 milenio A.P. (Dixon 1976).

EL POBLAMIENTO DE NORTEAMERICA Y SUDAMERICA

Con el poblamiento de Alaska se cierra el capítulo de la colonización de las estepas heladas del norte de Asia, de "Beringia" y de América. Superada la barrera planteada por los casquetes glaciales de las Rocosas y del Escudo Canadiense, se abrirá para la especie humana la etapa "verdaderamente americana" del proceso de colonización se invierte: la humanidad ocupará ahora latitudes cada vez más benignas, climas templados, sabanas tropicales.

Se genera así un muy interesante problema antropológico: ¿cómo reaccionará culturalmente la especie? ¿qué sucede con el desarrollo tecnológico cuando falte la presión para un mejoramiento continuo? ¿qué acontece con los lazos sociales cuando la supervivencia del individuo, antes determinada por una estricta disciplina social, ahora puede asegurarse autónomamente? ¿qué ocurre con el comportamiento demográfico, necesariamente controlado al ser los recursos limitados y ahora sin trabas?

Esta fué, sin duda, la única humanidad sin fronteras en todos los planos, mucho más que sus abuelos periárticos, quienes tenían una frontera, despoblada de hombres pero delimitada por el conocimiento del medio (garantía de subsistencia) y la ignorancia y agresividad del medio a colonizar.

Veamos primero los datos de la arqueología para analizar luego el problema de la interpretación prehistórica.

Los casquetes glaciales de las Rocosas y de las Laurentidas representaron una barrera para el avance de las poblaciones prehistóricas. Separaban claramente los medios ecológicos a colonizar: la tundra al norte y las grandes praderas al sur.

Durante los interglaciares, cuando las temperaturas extremas se atenuaban ambas masas glaciares se retraían, dejando libre de hielos un

territorio que ha sido denominado "corredor del Mackenzie". Por él se desplazaron la megafauna pleistocena y el hombre. Esta coincidencia entre la apertura del "corredor" y la presencia humana al interior de Alaska recién se habría podido producir en el interestadio de Two Creeks, finalizado hacia el 11400 A.P. (Haynes 1988: 8), y posterior en algunos siglos a los primeros yacimientos arqueológicos de Alaska.

Señalemos que, sin embargo, no está definitivamente establecido en cuáles períodos de máximo de frío hubo coalescencia de los glaciales. Tampoco se puede descartar en forma absoluta (aunque requeriría una adaptación a las costas heladas no registrada para esa época) la vía de penetración a lo largo de la costa del Pacífico (Fladmark 1979).

Posteriores al interestadio Two Creeks son los primeros yacimientos fechados al sur del continente norteamericano. Estos se extienden de manera uniforme desde el centro y hasta el este de Norteamérica, concentrándose en los últimos tres siglos del décimo segundo milenio. Esta cultura se caracteriza por su uniformidad tipológica, por su gran dispersión geográfica, por el relativamente breve período durante el cual se desarrolló, por la importancia de la megafauna (principalmente el mamut) como recurso alimenticio y por la repetición de los patrones de asentamiento cuando estos han podido ser identificados (Kelly y Todd 1988).

Esta uniformidad cronológica y cultural se conoce bajo el nombre de Cultura Clovis, cuyos restos han sido identificados en decenas de sitios en toda Norteamérica, desde México a Canadá.

Tipológicamente su acervo es característico del Paleolítico Superior. Se considera la primera manifestación cultural de este estadio en América. Muchos autores, negándose a utilizar una terminología de valor universal, lo denominan "Paleoindio" (Schobinger 1988b).

Se diagnostica por la presencia de las llamadas puntas Clovis. Dichas puntas — talladas bifacialmente, retocadas a presión y hechas sobre rocas cripto-cristalinas cuidadosamente seleccionadas — se caracterizan por presentar, en su parte proximal, uno o más negativos de lascado que las adelgazan en la parte central de la base.

Estos negativos — presumiblemente destinados a facilitar el enmangado de la punta y/o, quizás, para aumentar los efectos de la herida producida — le dan características enteramente originales, sin paralelos en el Viejo Mundo, haciendo que se describan como puntas "acanaladas" o "aflautadas".

El conjunto tipológico está compuesto asimismo por láminas (sin laminillas) y artefactos realizados sobre estas y sobre lascas, destinados fundamentalmente al trabajo de la carne, el cuero y el hueso y constituido principalmente por bifaces, raspadores, cuchillos y perforadores.

La cultura Clovis contiene un menor número de tipos en relación a las culturas de Alaska y de Siberia y es reducido en cuando a la diversidad de piezas, estando compuesto por aproximadamente 20 tipos distintos (Irwin y Wormington 1970).

Es de señalar la cuidadosa selección de la materia prima utilizada, en muchos casos traída desde más de 100 kilómetros de distancia. Esta economía de la materia prima debe necesariamente relacionarse con la fugacidad y movilidad de estos grupos.

Los asentamientos parecen haberse realizado preferentemente al aire libre en lugares estratégicos relacionados con los puntos de agua (no conociéndose yacimientos Clovis localizados en cuevas o abrigos) y están muchas veces relacionados con lugares de matanza, principalmente del mamut (Haynes 1966). Es característica también la escasa concentración de vestigios arqueológicos en los mismos lo que indicaría una ocupación limitada en el tiempo.

Es interesante agregar a este último aspecto mencionado que junto a algunas decenas de sitios Clovis claramente identificados, debemos agregar el hallazgo de miles de "puntas Clovis", aisladas, en superficie o fuera de contexto, a lo largo y a lo ancho de todo el continente norteamericano y aún de centroamérica. Indican el área de dispersión de esta cultura y a su vez, confirmarían la brevedad de la ocupación de los sitios.

Otro elemento a señalar (junto con el anterior podría ser un indicador de una baja densidad demográfica) es que en los sitios de matanza no es posible identificar un aprovechamiento exhaustivo de las carcazas. La mayoría de las piezas del esqueleto no han sido desplazadas en forma sistemática ni se han registrado depósitos organizados de huesos que pudieran indicar una actividad de destazado destinada a la obtención de reservas de alimentos.

Los datos disponibles sobre la distribución en el tiempo y en el espacio de los sitios Clovis en el norte de América permiten definir este primer episodio de la Prehistoria Americana como un "horizonte" en sentido arqueológico. Es decir la distribución geográfica extensa de una manifestación cultural homogénea, durante un período relativamente breve.

Los datos para América Central y América del Sur son, por su parte, mucho menos claros y abundantes, por lo tanto tendremos que reconstruir el primer episodio del poblamiento de Suramérica en forma tentativa, en base a algunos pocos datos aislados (Schobinger 1988, Ardila y Politis 1989). Estos permiten inferir que el "Horizonte Clovis", modificándose desde el punto de vista tipológico a medida que avanza hacia el sur conserva, empero, los rasgos distintivos fundamentales de la dependencia de la caza en su economía y el "aflautado" o "acanalado" en la base de las puntas de proyectil. Alcanzando rápidamente el extremo sur del continente.

Estas primeras puntas sudamericanas se caracterizan por tener el limbo avalado con pedúnculo (las puntas Clovis no lo tienen) y por presentar, en muchos casos, en la base de este los negativos de adelgazamiento que las vinculan con la tradición de las puntas "aflautadas". Han sido denominadas "Cola de Pescado" (Schobinger 1973).

Esta hipótesis es avalada por los escasos sitios sudamericanos donde se han encontrado puntas Cola de Pescado en contextos con fechados indiscutidos. Son los sitios de: Fell y Palli Aike (Bird 1969) en el extremo sur de la Patagonia Chilena; Cueva Medio, Provincia de Última Esperanza, Chile (Nami 1989); Los Toldos, Provincia de Santa Cruz, Argentina (Cardich 1977) y Cerro La China, Provincia de Buenos Aires, Argentina (Flegenheimer 1987). Todos ellos presentan fechados que se ubican entre 10500 y 10750 A.P., siendo los de la Provincia de Buenos Aires los más antiguos.

A estos sitios — que sugerirían una manifestación regional de estas puntas — debemos agregarles los hallazgos en los sitios estratificados de El Inga en Ecuador, y de Pikimachay (fase Huanta) en Perú, con una cronología menos segura y multitud de hallazgos en superficie a lo largo y ancho del continente sudamericano (Schobinger 1973).

Todos estos sitios tienen los tres elementos que a nuestro juicio son determinantes de una relación directa con el horizonte Clovis. En primer lugar, su cronología, pues son los sitios más antiguos de Suramérica y sólo posteriores a Clovis en algunos siglos.

En segundo lugar, su tipología, que sigue conservando las características leptolíticas de las industrias del Paleolítico Superior y que, si bien ha sufrido modificaciones, está estilísticamente relacionada con Clovis. Esta relación se funda principalmente en las puntas de proyectil, denominadas "cola de pescado" o "Fell I", que conservan el rasgo más

singular – sin paralelos en el Viejo Mundo – de las puntas Clovis: la acanaladura en la base de las puntas.

Se diferencian de las Clovis por ser pedunculadas y por tener el limbo de forma ovalada. Al parecer habrían ido diferenciándose de las originales a medida que se avanzaba hacia el sur. Es así que en territorio mexicano se conocen puntas típicamente Clovis y en América Central encontramos, en el sitio del Lago Madden en Panamá, puntas de forma más ovalada, en las que se insinúa un pedúnculo, que podrían ser el nexo entre las típicamente Clovis de Norteamérica y las Cola de Pescado sudamericanas (Bird y Cooke 1978).

En tercer lugar, la dependencia económica de la megafauna pleistocena – caballo, megaterios, paleo-llamas – que repite las pautas de la cultura Clovis en cuanto a su dependencia de las grandes manadas de herbívoros.

Tanto en América del Norte como en América del Sur, este primer episodio de ocupación del continente parece haber durado sólo unos pocos siglos, durante los cuales la especie humana se expandió rápidamente. Lo refleja así la uniformidad cultural anteriormente descrita, que ocupa todas aquellas áreas donde el sistema de vida del cazador de megafauna podía ser reproducido (Kelly y Todd 1988).

La finalización de este episodio se evidencia en la regionalización de los registros arqueológicos, en el fin de los "horizontes" que caracterizaban el poblamiento inicial.

Las tradiciones estilísticas en el tallado de la piedra se harán ahora cada vez más locales, reduciéndose a áreas delimitadas. Simultáneamente se inician nuevas pautas culturales, relacionadas con la ocupación de medio-ambientes que, al no estar densamente poblados por grandes mamíferos, no habían sido ocupados inicialmente.

Estos requerirán otras estrategias adaptativas basadas principalmente en la recolección y/o en la captura de peces y pequeños animales (Hayden 1981).

Lógicamente, el estilo de vida cazador (en el sentido de la preponderancia de la caza de grandes animales) perdurará en aquellos lugares donde las condiciones así lo permitan. El fenómeno de la extinción de la megafauna y el posterior agravamiento de la desertificación como consecuencia del recalentamiento del clima, reducirán drásticamente esta posibilidad (Martin 1973, Irwin Williams y Haynes 1970).

LA INTERPRETACIÓN DEL PROCESO DE POBLAMIENTO

Estos son, en función de la evidencia actualmente disponible, los principales hechos relativos al primer poblamiento de América y, pese a su carácter fragmentario, es necesario intentar una interpretación antropológica de los mismos.

El proceso parece dividirse en dos grandes etapas y corresponder a dos modelos de interpretación. El primero referido a la ocupación de las estepas heladas de Siberia, Beringia y Alaska; el segundo, a partir de la llegada del hombre a las grandes praderas del centro-sur del Canadá y desde allí hacia el sur hasta llegar a Tierra del Fuego.

En la primer etapa las pautas de comportamiento cultural deberían ser la continuación de las del paleolítico, anteriormente descritas, en las que el progreso tecnológico permite la ocupación de territorios cada vez más hostiles. La tasa de progresión debe haberse visto limitada por un difícil balance entre avanzar en territorio hostil y desconocido, presionados por la búsqueda de un nuevo equilibrio demográfico, o permanecer en el territorio conocido y desarrollar nuevas tecnologías que permitan afrontar las probables penurias de recursos.

La posibilidad de reconstruir estos modelos prehistóricos en base a los datos extraídos de las sociedades de cazadores-recolectores contemporáneos es bastante limitada pues, a los límites tradicionales para la extrapolación de datos a partir de estas sociedades (registros sincrónicos sin desarrollo temporal y carácter marginal de las mismas), se agrega ahora el problema de la existencia de una frontera abierta y, consecuentemente, de la falta o debilidad de los límites impuestos al comportamiento de estas sociedades.

Deberemos pues intentar reconstruir los hechos a partir del testimonio arqueológico no obstante lo fragmentario de este.

Un aspecto notable es el diferente ritmo entre la etapa nórdica del proceso y la colonización de las tierras templadas y cálidas que resulta de los datos disponibles.

La colonización desde Siberia a Alaska parece haber seguido un ritmo relativamente lento y constante en su camino hacia el este. La información de que disponemos sobre las estructuras identificadas en el sitio de Ushki (ver *supra* p. 24) reflejaría la existencia de agrupamientos

con una gran cohesión social. Esta se infiere a partir de los restos de abrigos artificiales, construidos con pieles, piedras y huesos de mamut, que albergaban a un número indeterminado de individuos, subdivididos posiblemente en familias nucleares. Esto se desprende de la existencia de numerosos pequeños fogones al interior de estas grandes estructuras.

Lamentablemente estos testimonios son excepcionales, estando identificados, además del sitio de Ushki en Kamchatka, en el sitio de Molodova en Ucrania (Schovkoplyas 1971). Su existencia en ambos extremos del registro arqueológico de las estepas heladas, tanto del punto de vista cronológica como geográfico, podría estar indicando un rasgo característico y permanente de la colonización de las zonas frías.

Es posible que estas estructuras sean el reflejo de lazos sociales fuertes impuestos posiblemente por la hostilidad de un medio donde el número de individuos sería un factor clave, determinante, para asegurar la supervivencia. De ser así, las estructuras culturales que asegurarían dichos lazos, habrán actuado, muy probablemente, de freno para la disgregación de estos grupos y por ende, para un desarrollo rápido del proceso de ocupación de los territorios vacíos.

Pensemos también que estos pobladores peri-árticos contaban con posibilidades técnicas de acumulación de reservas conservadas por congelamiento, de las que no podrán disponer naturalmente sus descendientes de las zonas templadas. Atenuarían así la agudeza de los períodos de escasez de animales, consolidando esta estructura "conservadora" (Testart 1982). Tal aspecto habría variado sustancialmente con el avance en las zonas templadas, cada vez más benignas.

Hemos visto que en la mayoría de los casos, los asentamientos correspondientes a los primeros pobladores de América tienen un carácter esporádico, indicado por la escasa cantidad de vestigios allí encontrados. Por otra parte, la selección de grandes animales como presas de caza, nos estaría indicando — por las dimensiones que dicha empresa requiere — que el número mínimo de individuos de estos grupos no podía ser muy reducido. A su vez, el carácter vertiginoso del poblamiento del Canadá a Tierra del Fuego, de sólo 700 años, sólo puede explicarse por un importante crecimiento demográfico.

La economía cazadora, que conserva las pautas culturales de las regiones frías, pueden también haber generado mecanismos indirectos que ayuden a explicar el proceso de rápida ocupación del territorio. Es el

caso del posible desbalance entre una dieta rica en grasas y un medio donde los requerimientos de calorías se han reducido, que pudo generar consecuencias a nivel de las tasas de fertilidad.

La base para la interpretación de esta segunda etapa del proceso radica en la dependencia entre los hombres y la fauna de grandes herbívoros (Kelly y Todd: 233-4).

Si el poblamiento se hubiera hecho en función del aprovechamiento de los diversos recursos que los nuevos medios geográficos iban poniendo a disposición de los hombres, este hubiera tenido un ritmo mucho más lento por el necesario aprendizaje.

A su vez, esta diversidad de recursos tendría necesariamente que reflejarse en una variación en el registro arqueológico a nivel de los instrumentos de piedra tallada. Esta diversidad no existe entonces y sí existe algunos siglos después, cuando la colonización ha sido completada y los distintos grupos tienen que conformarse con los recursos del lugar donde se encuentran.

La dependencia de los grandes herbívoros, sean estos Mamuts, Bisontes o Caballos, independizó a los grupos de un medio concreto y les permitió — amparados por la abundancia — multiplicarse y ocupar rápidamente nuevos territorios.

Hay dos interpretaciones principales sobre la forma en que se dio esta rápida expansión.

En primer lugar la de Paul Martin (1973), en la que se subraya el difícil equilibrio entre la megafauna pleistocena y el hombre.

Martin plantea que habría existido un frente de poblamiento, con alta densidad demográfica, en la zona de contacto entre los hombres y los nuevos territorios poblados de grandes animales. Esta diferencia de densidad entre las poblaciones humanas y las animales traería como consecuencia la extinción de los grandes animales en esa zona — por la caza sistemática de que fueron objeto — y por onde la necesidad de avanzar hacia nuevos territorios.

A su vez, la demografía explosiva se explica como consecuencia de la abundancia de recursos y de la potencialidad de la especie humana para multiplicarse cuando las condiciones le son favorables. El avance del frente va dejando tras de sí territorios donde la megafauna ya se ha extinguido y donde (faltos de recursos importantes inmediatos) permanecen los hombres en una muy baja densidad de población.

Hay una segunda interpretación — sostenida por Kelly y Todd — (1988) que, partiendo siempre de la dependencia entre poblaciones humanas y megafauna, hace hincapié en los aspectos culturales de esta dependencia y no en el fenómeno de la extinción para explicar el carácter vertiginoso del poblamiento.

De acuerdo a esta hipótesis lo que explica el rápido desplazamiento de los primeros pobladores es su capacidad (como lo evidencia el registro arqueológico a través de instrumentos específicos y restos óseos) de cazar grandes mamíferos. Esta base de subsistencia no implica, en términos generales, la adaptación a ecosistemas específicos, sino que puede ser trasladada a todos los medios donde existan grandes herbívoros en cantidad suficiente.

Los primeros pobladores se habrían desplazado constantemente tras los grandes animales. Dejarían así pocos vestigios, impulsados por la retroalimentación de un sistema de subsistencia que los obligaba a buscar de forma permanente zonas donde las densidades de caza fueren suficientes para mantener un modo de vida esencialmente cazador. No tienen el tiempo suficiente para realizar el aprendizaje de los otros recursos que los nuevos ecosistemas encontrados ponen a su disposición.

Esta teoría no es necesariamente contradictoria con la de Paul Martin aunque explica la baja densidad de restos arqueológicos y su gran dispersión geográfica, sin recurrir necesariamente a un “frete” de alta densidad de pobladores. No rompe por lo tanto, abruptamente, con las pautas culturales-demográficas de la etapa anterior.

Para finalizar señalemos que tanto demográfica como socialmente (en el sentido de la necesidad de un número de grupos mínimo para construir un tejido social capaz de mantenerse y reproducirse) (Wobst 1976) estas performances de expansión en el tiempo y el espacio son perfectamente posibles sin forzar los datos sobre la capacidad demográfica de las poblaciones primitivas (Dumond 1975).

LOS SITIOS SUPUESTAMENTE MAS ANTIGUOS Y SU DISCUSIÓN

Es evidente que el esquema del poblamiento de América y los modelos de interpretación aquí presentados perderían automáticamente

su valor si se demuestra que la llegada del hombre al Nuevo Mundo es muy anterior a 12 mil años, y si las características arqueológicas de esos sitios no permiten interpretarlos como de poblaciones esencialmente cazadoras. Debemos por lo tanto detenernos (brevemente por falta de espacio) en el problema de la existencia de una decena de sitios arqueológicos que pretendidamente reúnen ambas características (Guidon y Delibrias 1985, Ardila y Politis 1989).

Los dividiremos en dos categorías: 1) aquellos completamente atípicos en relación al modelo aquí planteado y 2) aquellos que pueden ser considerados sólo parcialmente contradictorios.

En el primer caso tenemos todos los sitios que reclaman una gran antigüedad y/o conjuntos ergológicos calificados de "toscos", "primitivos", "pobres", o "atípicos", con marcada preferencia por la utilización de materias primas locales (generalmente cuarzos y cuarcitas). Estas son de bajas performances en relación a la talla, y deben contraponerse con la búsqueda sistemática de finas rocas criptocristalinas por parte de los ocupantes de los sitios posteriores.

Estas industrias se pueden calificar tipológicamente como similares a las del paleolítico inferior y no pueden indentificarse como de gentes especializadas en la caza de la megafauna.

Estos sitios se encuentran todos en Sudamérica (a excepción del sitio de Calico, con 150 mil años de antigüedad, en California, Leakey y otros 1972). Ordenados cronológicamente, partiendo de la mayor antigüedad, los principales — que han sido seleccionados por la calidad de las investigaciones realizadas, pero no los únicos — son los siguientes: Toca da Esperança, en el estado de Bahía, Brasil, con 300 mil años de antigüedad; Boqueirão da Pedra Furada, estado del Piauí, Brasil con — por lo menos — 45 mil años; Monte Verde, en el centro-sur de Chile, con dos niveles de ocupación, uno de 33 mil años y otro, de 13 mil años; Pikimachay en Ayacucho, Perú con fechados desde los 21 mil años de antigüedad (la información sobre todos estos sitios está sintetizada en Guidon y Delibrias 1985).

Los cuestionamientos que han impedido la validación de estos datos como hechos arqueológicos se centran en la determinación del carácter artificial o natural de los vestigios encontrados. Es decir, si estamos frente a artefactos, o si, por el contrario, se trata de objetos resultantes de la acción de la naturaleza. Estos últimos, en la literatura arqueológica, han

sido descritos como "geofactos", "eolitos" o "naturifactos" (Haynes 1988, Oakley 1968).

Este tipo de pseudo-artefactos son relativamente frecuentes en aquellos contextos geológicos donde rocas duras, de fractura concoidal, han sido sometidas a golpes — torrentes, playas, etc. — o a fuertes presiones — desplazamiento de terrenos, glaciares, etc. —. Se produce así un lascado que da como resultado objetos de forma similar a algunos de los instrumentos de piedra tallada producidos por el hombre.

Los geofactos no presentan problemas cuando son encontrados en terrenos anteriores al pleistoceno, pero su interpretación se complica cuando el hallazgo se produce en contextos donde no puede excluirse la contemporaneidad de la presencia humana. De esta posibilidad resultan dos interpretaciones; una es la utilización directa de geofactos por el hombre en la medida que estos pueden cumplir funciones similares a las de los verdaderos artefactos y otra, la más frecuente, su identificación errónea como artefactos (Bednarik 1989, Lynch 1990).

Los investigadores de los sitios arriba mencionados hacen hincapié en el carácter primitivo y atípico de las industrias por ellos encontradas, afirmando que quienes no reconocen los objetos propuestos como artefactos lo hacen en función de prejuicios derivados fundamentalmente de una (según ellos) irracional necesidad de vincular tipológicamente estos hallazgos con los de la posterior industria Clovis.

No podemos abundar aquí sobre los argumentos esgrimidos por una y otra parte; señalemos que la polémica no se limita únicamente al origen antrópico de los objetos encontrados, sino que se refiere también a la correcta identificación de otras estructuras arqueológicas, como fogones y estructuras de madera, y a la interpretación estratigráfica de los sitios (Lynch 1990 y 1991, Guidon 1989, Dillehay y Collins 1991, Gruhn y Bryan 1991).

La segunda categoría corresponde a los sitios que estarían fechados en sólo algunos milenios más que los aquí aceptados. Tipológicamente pueden ser identificados como del paleolítico superior y/o de alguna facie de transición a este, pero siempre formando conjuntos que en contraposición a los anteriores pueden ser catalogados como "normales" o "típicos", y donde ha desaparecido esa preferencia por materias primas bastas.

Los sitios de esta categoría, que a nuestro juicio son los más importantes en esta polémica, son: Meadowcroft, en el Estado de Pennsylvania en EEUU (Adovasio y otros 1978); los sitios de la región de El Jobo en el Estado de Falcón en Venezuela (Cruxent 1970) y el sitio de Los Toldos en la provincia de Santa Cruz en Argentina (Cardich y otros 1973).

En Meadowcroft se destacan, como elementos contrapuestos a la tesis aquí desarrollada, los fechados que podrían remontarse hasta hace 19 mil años y la ausencia de puntas de proyectil acanaladas. En El Jobo hay fechados entre 13 y 14 mil años — en Sudamérica — con una tradición original de puntas de proyectil fusiformes. En Los Toldos, existe un fechado de 12 mil años en el extremo sur de América del Sur, y un conjunto ergológico definido por la ausencia de puntas de proyectil bifaciales.

En estos casos no hay lógicamente discusión sobre el carácter antrópico de los artefactos encontrados (por ejemplo puntas de proyectil talladas bifacialmente) y lo que se pone en cuestión es el correcto fechado de los mismos.

Los cuestionamientos se refieren principalmente a la validez de las muestras tomadas para realizar los fechados de Carbono 14, sea porque estas puedan estar contaminadas o porque su asociación con los vestigios fechados no pueda ser determinada fehacientemente.

Se critica también la asignación de determinadas fechas para niveles que no están estratigráficamente establecidos y cuyos fechados deberían ser evaluados en relación a los de los supuestos niveles anteriores del yacimiento (Lynch 1990: 22-3).

COHERENCIA ARQUEOLOGICA Y COHERENCIA PREHISTORICA

Es indudable que la revisión crítica de la problemática de estos sitios arqueológicos no puede ser hecha en el limitado espacio de este artículo, pero sí es importante subrayar el marco conceptual dentro del cual debe ser encarada. Este puede ser dividido en dos planos sin perder de vista que ambos están permanentemente interrelacionados.

El primer plano se refiere a la problemática estrictamente arqueológica, es decir, a los aspectos técnicos y metodológicos que permiten establecer hechos científicos. En otras palabras, a la calidad y pertinencia de los datos arqueológicos que resultan de las investigaciones.

El segundo plano se refiere al marco general de interpretación prehistórica en el cual los datos alcanzados deben integrarse. Aunque es obvio, recordemos la preeminencia del hecho científico, del dato comprobado, sobre el marco interpretativo que deberá modificarse cada vez que entre en contradicción con estos.

En relación al primer plano el tema central es la validación, la comprobación, la aceptación de un dato surgido en el muy particular contexto de la investigación arqueológica. La arqueología no sólo no es una ciencia experimental, sino que en el curso de la investigación destruye, o modifica profundamente, al sujeto de estudio.

De este modo la aceptación de un dato resultante de una investigación arqueológica se basa en la calidad de la presentación: curriculum del investigador(es), descripciones, muestras, material gráfico y fotográfico, etc. y, fundamentalmente, de la repetición de hallazgos similares que actúa como sustituto de la duplicación experimental.

En lo que respecta al plano de la interpretación este se construye a medida que se van confirmando hechos arqueológicos. Su pertinencia se va afirmando por la acumulación de datos, aunque siempre es posible que existan varias interpretaciones para un mismo conjunto de hechos en función de modelos teóricos distintos.

A medida que una abrumadora acumulación de datos va confirmando determinadas interpretaciones es lógico que, frente a la aparición de hechos arqueológicos que plantean un radical cuestionamiento a los modelos vigentes, estos sean minuciosamente analizados y evaluados en el plano que definimos como de coherencia arqueológica.

El "doble patrón de pruebas" (Bray 1988, Meltzer 1989) (uno riguroso para los sitios antiguos y otro más benévolo para los recientes) contra el que claman los defensores de un poblamiento temprano, no es por lo tanto el resultado de alguna perversión del "establishment" de prehistoriadores con una supuesta actitud conservadora, sino que es el corolario normal de la dinámica del conocimiento científico en todas sus áreas (véase por ejemplo lo sucedido con la llamada "memoria del agua" que en su momento conmocionó el mundo de la bioquímica).

Paralelamente, esos nuevos hechos, aún cuestionados, deben servir de base a un nuevo modelo de interpretación. Este nuevo modelo será tanto más aceptado en la medida que se integre a los modelos prehistóricos ya desarrollados. Pero si este, yendo más allá del contexto de la Prehistoria Americana, cuestiona los grandes marcos de referencia de la Prehistoria Universal, su aceptación y consecuentemente, la de los datos que le sirven de base, sólo se hará frente a un importante conjunto de pruebas incuestionables.

Es ese marco interpretativo de la Prehistoria Universal el que abre profundas interrogantes sobre la coherencia de los hechos propuestos en los sitios de cronología anterior a Clovis. Señalemos a título de ejemplo: ¿Cómo puede explicarse el desplazamiento de poblaciones por territorios helados provistas con un equipo técnico tan pobre? ¿Por qué dichas poblaciones no dejaron rastros en su pasaje por las zonas heladas del Viejo Mundo dónde el registro arqueológico de ocupación se remonta a lo sumo a 35 mil años? ¿Cuáles serían otras rutas alternativas? ¿Es acaso imaginable la navegación transoceánica por poblaciones pre-sapiens sapiens hace 300 mil o sólo 60 mil años? ¿Por qué los pobladores de Quereo y Monte Verde se limitaron básicamente a utilizar guijarros en estado natural – o partidos por la naturaleza – cuando todo el comportamiento prehistórico de la humanidad está caracterizado por la talla intencional de rocas duras? ¿Por qué los habitantes de Pedra Furada o de Pikimachay tallaron únicamente las toscas materias primas locales cuando disponían a corta distancia (como está demostrado por los niveles arqueológicos recientes de esos mismos sitios) de calcedonias con una mayor aptitud para la talla? ¿Qué sucede con los pobladores prehistóricos entre los 300 mil años de Toca da Esperanza y los quizás 60 mil del Piauí? ¿Porqué a lo largo de decenas de miles de años teremos una ocupación intensiva en Pedra Furada, o la extraordinaria reocupación de Monte Verde, y una ausencia total de yacimientos en el resto del continente? ¿Por qué a lo largo de decenas de miles de años no se encuentra ningún resto humano? y por último: ¿Por qué, pese a una búsqueda sistemática, no hay niveles pre-Clovis en los sitios de esta cultura

En resumen, son demasiadas preguntas que se plantean a datos seriamente cuestionados como para que podamos tomarlos en cuenta en un modelo de interpretación del poblamiento de América.

Para finalizar con el capítulo de la coherencia recordemos que el problema del poblamiento también ha sido abordado por otras disciplinas afines, como la antropología biológica y la lingüística. De acuerdo a trabajos de síntesis recientes el modelo de interpretación que aquí propusimos no es contradictorio con los resultados obtenidos por estas disciplinas (Meltzer 1989: 473-4). Digamos además, sin entrar en un campo que no nos compete, que las interpretaciones basadas en probables distancias genéticas entre las poblaciones amerindias y las asiáticas que, de acuerdo a los "relojes biológicos" que se establezcan, suponen una mayor antigüedad que la aquí propuesta para la separación de estas poblaciones, sólo podrán confirmarse en la medida que el hallazgo arqueológico de restos humanos establezcan la verdadera prehistoria de dicha separación. Al día de hoy, la antropología biológica no dispone de un sólo diente anterior a la ocupación Clovis del continente.

CONCLUSION

Pese a que siguen planteadas un gran número de incertidumbres los datos acumulados nos estarían permitiendo trazar un cuadro coherente y quizás definitivo del primer poblamiento de América.

Este se habría producido como consecuencia de la evolución biológica y cultural del hombre quien, en la última etapa del paleolítico, el llamado Paleolítico Superior que se iniciara unos 40 mil años atrás, desarrolló la tecnología – y seguramente la organización social – que le permitió colonizar, a la última frontera del Viejo Mundo, las estepas heladas del norte de Europa y de Asia.

La Prehistoria de dicha colonización se ha ido trazando poco a poco y de acuerdo a la misma, el hombre se encontraba en el extremo noreste de Asia, frente a América (entonces unida por tierra a Asia por la llamada Beringia), en el décimo quinto milenio antes del presente.

A partir de entonces comienza el primer poblamiento de América, el que en su inicio continúa por regiones similares a las de Siberia en Alaska y Canadá. Recién cobra un carácter original, americano, cuando estos pobladores descubren, tras obstáculos geográficos constituidos por glaciares, montañas y bosques, las tierras templadas, las grandes praderas

pobladas por manadas de herbívoros de la llamada megafauna pleistocena.

Esta disposición, aparentemente ilimitada de recursos, permitirá a estos primeros habitantes modificar profundamente sus pautas culturales acelerando el proceso de colonización y generando en unos pocos siglos un "horizonte cultural" (tradicción homogénea) que caracterizará a los primeros pobladores de la mayor parte de América,

Esta tradición se caracteriza por la adaptación a la caza de grandes herbívoros y el desarrollo consiguiente del equipo técnico necesario para ello, en el cual se destacan las puntas de proyectil talladas bifacialmente, notables por el "aflautado" o adelgazamiento de su base.

Estas características culturales están documentadas en primer lugar en Norteamérica en el décimo primer milenio antes del presente, donde reciben nombre de cultura Clovis.

Una vez ocupado todo el doble continente y extinguida la megafauna, la humanidad se irá asentando en los distintos ecosistemas comienza así los distintos procesos de adaptación regional que caracterizado a la Prehistoria Americana.

BIBLIOGRAFIA

- ADOVASIO, J. M.; GUNN, J.D.; DONAHUE, S. (1978). Progress report on the Meadowcroft rockshelter. A 16000 years chronicle. *Annals New York Academy of Sciences*, v. 288, p. 137-59.
- AMEGHINO, F. (1906) Les formations sédimentaires du Crétacé supérieur et du Tertiaire de Patagonie. *Anal. Museo Nacion.* Buenos Aires. v. XIV.
- AMMERMAN, A. J. (1975) Late Pleistocene population dynamics: An alternative view. *Human Ecology*, v. 3, n. 4, p. 219-33.
- ARDILA, G. y POLITIS, G. (1989) Nuevos datos para un nuevo problema. *Museo del Oro*, Bogotá, n. 23, p. 3-46.
- BEDNARIK, R. G. (1989) On the Pleistocene settlement of South America. *Antiquity*, v. 63, n. 238, p. 101-11.
- BELTRAO, M. C. y DANON, J. (1987) Evidence of Human occupations during the Middle Pleistocene at the Toca da Esperança in Central Archaeological Region, State of Bahia, Brazil. *Anais da Academia Brasileira de Ciências*, v. 59, n. 3, p. 275-6.
- BINFORD, L. R. (1988) *En busca del Pasado*. Crítica. Barcelona (1983).
- BIRD, J. (1969) A comparison of South Chilean and Ecuadorian "fishtail" projectile points. *Kroeber Anthropological Society Papers*, n. 40, p. 52-71.

- BIRD, J. y COOKE, R. (1978) The occurrence in Panama of two types of Paleo-Indian projectile points. *En Early Man in America from a Circum-Pacific perspective*. A. Bryan (ed.), p. 263-72.
- BORDES, F. & THIBAULT, C. (1977) Thoughts on the initial adaptation of Hominids to European Glacial Climates. *Quaternary Research*, n. 8, p. 115-27.
- BRAY, W. (1988) The Palaeoindian debate. *Nature*, v. 332, p. 107.
- BRYAN, A. (1978) An Overview of Paleo-American Prehistory from a Circum-pacific perspective. *En Early Man in America from a Circum-Pacific perspective*. Edmonton, Department of Anthropology, University of Alberta, A. Bryan (ed.), p. 306-27.
- BUDKO V. D. (1971) The Palaeolithic period of Byelorussia and adjoining areas. *En The Origin of Homo sapiens*. Unesco.
- CANALS FRAU, S. (1973) *Prehistoria de America*. Buenos Aires, Sudamericana, (1950).
- CARDICH, A. et al. (1973) Secuencia arqueológica de la cueva 3 de Los Toldos (Santa Cruz, Argentina). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, n. 7, p. 85-123.
- GARDICH, A. (1977) Las culturas Pleistocénicas y Postpleistocénicas de Los Toldos (Santa Cruz, Argentina). *En Tomo Centenario del Museo de la Plata, La Plata, t. 1 - Antropología*.
- CHMIELEWSKI, W. (1971) The continuity and discontinuity of the evolution of archaeological cultures in Central and Eastern Europe between the 55th and 25th millennia B.C. *En The Origin of Homo sapiens*. UNESCO, p. 173-9.
- COHEN, M. N. (1981) *La crisis alimentaria en la prehistoria*. Madrid, Alianza, (1977).
- CRUXENT, J. M. (1970) Projectile points with pleistocene mammals in Venezuela. *Antiquity*, n. 44, p. 223-5.
- DIAMOND, J. M. (1987) Who were the first Americans? *Nature*, v. 329, p. 580-1.
- DIKOV, N. N. y TITOV, E. E. (1984) Problems of the stratification and periodization of the Ushki sites. *Arctic Anthropology*, v. 22, n. 2, p. 69-80.
- DILLEHAY, T. (1988) How new is the New World? *Antiquity*, n. 62, p. 94-7.
- DILLEHAY, T. D. y COLLINS, M. B. (1991) Monte Verde, Chile: A comment on Lynch. *American Antiquity*, v. 56, n. 2, p. 333-41.
- DIXON, E. J. (1976) The pleistocene prehistory of Arctic North America, IX'e Congr'ès Union internationale des sciences préhistoriques et protohistoriques. Nice, pp. 168-98.
- DIXON, E. J. (1985) Cultural chronology of Central interior Alaska. *Arctic Anthropology*, v. 22, n. 1, p. 47-66.
- DMITRIYEVA, T. N. (1980) Early Man in the Soviet Union. *Current Anthropology*, v. 21, n. 6, p. 828-30.
- DUMOND, D. E. (1975) The limitation of Human Population: A Natural History. *Science*, n. 187, p. 713-21.
- DUMOND, D. E. (1987) A reexamination of Eskimo-Aleut Prehistory. *American Anthropologist*, n. 89, p. 32-56.
- FLADMARK, K. R. (1979) Los pobladores de América. *Mundo Científico*, v. 20, n. 2, p. 1228-37.
- GERASIMOV, M. M. (1964) The Paleolithic site Malta: Excavations of 1956-57. *En MICHAEL, H. N. (Ed.) (1964) The archaeology and geomorphology of Northern Asia*. Toronto, University of Toronto Press. p. 3-32.

- GRAHAM, J. A. y HEIZER, R. F. (1968) Man's antiquity in North America: Views and facts. *Quaternaria*, n. 9, p. 225-35.
- GREENBERG, J.; TURNER, C. G. y ZEGURA, L. (1986) The settlement of the Americas: A comparison of the Linguistic, Dental, and Genetic evidence. *Current Anthropology*, v. 27, n. 5, p. 477-97.
- GRIFFIN, J. B. (1976) *Comments on the quest for Early Man in North America*, IX^o Congrès Union Internationale des Sciences Préhistoriques et Protchistoriques. Nice, p. 8-17.
- GRUHN, R. y BRYAN, A. L. (1991) A review of Lynch's descriptions of South American sites. *American Antiquity*, v. 56, n. 2, p. 341-7.
- GUIDON, N. (1989) On stratigraphy and chronology at Pedra Furada. *Current Anthropology*, v. 30, n. 5, p. 641-2.
- GUIDON, N. y DELIBRIAS, G. (1985) Inventaire des sites Sud-Américains antérieurs a 12 000 anos. *L'Anthropologie*, v. 89, n. 3, p. 385-408.
- HALLAM, S. J. (1977) The relevance of Old World Archaeology to the first entry of man into New Worlds: Colonization seen from the antipodes. *Quaternary Research*, n. 8, p. 128-48.
- HAYNES, C. V. (1966) Elephant hunting in North America. En *Early man in America: Readings from Scientific American*. S. Francisco (1973). p. 44-52.
- HAYNES, C. V. (1988) Geofacts and Fancy. *Natural History*, v. 84, n. 2, p. 4-11.
- HAYDEN, B. (1981) Research and development in the Stone Age: Technological transitions among Hunters-Gatherers. *Current Anthropology*, v. 22, n. 5, p. 519-48.
- HOFFECKER, J. F. (1988) Applied geomorphology and archaeological survey strategy for sites of Pleistocene Age: An example from Central Alaska. *Journal of Archaeological Science*, 15: 683-713.
- HOFFECKER, J. F. (1989) Siberia. En *Current Research*, T. Lynch. *American Antiquity*, v. 54, n. 2, p. 417-20.
- HOPKINS et al. (Eds.) (1982) *Paleoecology of Beringia*. New York, Academic Press.
- HOWELL, F. C. & FREEMAN, L. G. (1982) Ambrona: An Early Stone Age site on the Spanish Meseta. *L. S. B. Leakey Foundation News*, n. 22, p. 11-13.
- HRDLICKA, A. et al. (1912) Early man in South America. Bureau of Amer. Ethnol. Smithsonian Institution. *Bull.*, n. 52, Washington DC.
- IRWIN-WILLIAMS y HAYNES, C. V. (1970) Climatic change and Early Population dynamics in the Southwestern United States. *Quaternary Research*, v. 1, p. 59-71.
- IMBELLONI, J. (1948) Tabla clasificatoria de los indios; regiones biológicas y grupos raciales humanos de América. *Physis*, p. 229-49. t. XII.
- IRWIN, H. T. y WORMINGTON, H. M. (1970) Paleo-Indian tool types in the Great Plains. *American Antiquity*, v. 35, n. 1, p. 24-34.
- JAMES, S. R. (1989) Hominid use of fire in the Lower and Middle Pleistocene. *Current Anthropology*, v. 30, n. 1, p. 1-26.
- JELINEK, A. J. (1971) Early Man in the New World: A technological perspective. *Arctic Anthropology*, v. 8, n. 2, p. 15-21.
- KELLY, R. L. y TODD, L. C. (1988) Coming into the country: Early Paleoindian hunting and mobility. *American Antiquity*, v. 53, n. 2, p. 231-44.
- KLEIN, R. G. (1971) The Pleistocene prehistory of Siberia. *Quaternary Research*, n. 1, p. 133-61.
- KLEIN, R. G. (1975) The relevance of Old World archeology to the first entry of Man into the New World. *Quaternary Research*, v. 5, n. 3, p. 391-4.

- KLEIN, R. G. (1977) The ecology of Early Man in Southern Africa. *Science*, v. 197, n. 4299, p. 115-26.
- KRIEGER, A. (1964) Early man in the New World. En *Prehistoric man in the New World* (de J. Jennings y E. Norbeck). Chicago, p. 23-81.
- LAMING EMPERAIRE, A. (1980) *Le problème des origines américaines. Théories, Hypothèses, documents*, Lille.
- LAUGHLIN, W. S. (1977) Origins and Affinities of the First Americans. *Current Anthropology*, v. 18, n. 3, p. 526-8.
- LEAKY et al. (1972) *Pleistocene man at Calico, San Bernardino*, San Bernardino County, Muss. Ass.
- LEE, R. B. (1981) Is there a Foraging Mode of Production? *Canadian Journal of Anthropology*, v. 2, n. 1, p. 13-9.
- LYNCH, T. F. (1990) Glacial-Age Man in South America? A critical review. *American Antiquity*, v. 55, n. 1, p. 12-36.
- LYNCH, T. F. (1991) Lack of evidence for Glacial-Age settlement of South America: Reply to Dillehay and Collins and to Gruhn and Bryan. *American Antiquity*, v. 56, n. 2, p. 349-55.
- MARTIN, P. S. (1973) The discovery of America. *Science*, v. 179, p. 969-74.
- MCBURNEY, C. B. M. (1971) Regional differences in the dating of the earliest leptolithic traditions. En *The Origin of Homo sapiens*. Unesco, p. 237-40.
- MELTZER, D. J. (1989) Why don't we know when the first people came to North America? *American Antiquity*, v. 54, n. 3, p. 471-90.
- MICHAEL, H. N. (Ed.) (1964) *The archaeology and geomorphology of Northern Asia*. Toronto, University of Toronto Press.
- MICHAEL, H. N. (1984) Absolute chronologies of Late Pleistocene and Early Holocene cultures of Northeastern Asia. *Arctic Anthropology*, v. 21, n. 2, p. 1-68.
- MOCHANOV, Y. (1978) Stratigraphy and absolute chronology of Northeast Asia. according to the work of 1963-1973. En BRYAN, A. (Ed.) *Early Man in America from a Circum-Pacific perspective*. Alberta, p. 54-63.
- NAMI, H. G. (1987) Informe sobre la segunda y tercera expedición a la Cueva del Medio: Perspectivas arqueológicas para la Patagonia Austral. *Anales del Instituto de la Patagonia*, Chile.
- OAKLEY, K. P. (1968) *Man the tool-maker*. Chicago, The University of Chicago Press.
- OKLADNIKOV, A. P. (1961) The Paleolithic of Trans-Baikal. *American Antiquity*, v. 26, n. 4, p. 486-97.
- OKLADNIKOV, A. P. y POSPELOVA, G. A. (1982) Ulalinka, the oldest Palaeolithic site in Siberia. *Current Anthropology*, v. 23, n. 6, p. 710-2.
- POWERS, W. y HOFFECKER, J. F. (1989) Late Pleistocene settlement in the Nenana valley, Central Alaska. *American Antiquity*, v. 54 n. 2, p. 263-87.
- RIVET, P. (1960) *Los orígenes del hombre americano*. F.C.E. México (1943).
- ROBERTS, P. H. H. (1940) Developments in the problem of the North American Paleo-Indians. *Smithsonian Miscell. Collec.*, v. 100, p. 51-116.
- ROBERTS, R. G. JONES, R. y SMITH, M. A. (1990) Thermoluminescence dating of a 50,000-year-old human occupation site in northern Australia. *Nature*, n. 345, p. 153-6.
- ROUSE, I. (1976) Peopling of the Americas. *Quaternary Research*, n. 6, p. 597-612.

- SCHOBINGER, J. (1973) Nuevos hallazgos de puntas "Cola de Pescado" y consideraciones en torno al origen y dispersión de la cultura de Cazadores Superiores Toldense (Fell I) en Suramérica. XI. Congresso Internazionale degli Americanisti. Roma, v. I, p. 33-50.
- SCHOBINGER, J. (1988) *Prehistoria de Suramérica*. 2. ed. Madrid, Alianza.
- SCHOBINGER, J. (1988b) Algunas observaciones terminológicas sobre la Prehistoria Americana. *Anales de Arqueología y etnología*. Mendoza. t. 38-40 (años 1983-1985). p. 7-28.
- SCHOVKOPLYAS, I. G. (1971) The Upper Paleolithic culture in the Ukraine. En *The Origin of Homo sapiens*. Unesco. p. 181-6.
- SHIPMAN, P. (1986) *American Anthropologist*, n. 88, p. 27-43.
- SPEITH, J. D. (1987) Les stratégies alimentaire des chasseurs-cueilleurs. *La Recherche*, v. 190, n. 18, p. 894-903.
- TAIEB, M. & POUPEAU, G. (1980) L'âge du "premier home". *La Recherche*, v. 11, n. 116, p. 1314-5.
- TEN BRINK, N. W. y WAYTHOMAS, C. F. (1985) Late Wisconsin Glacial chronology of the North-Central Alaska range: A regional synthesis and its implications for Early Human settlements. *National Geographic Society Research Reports*. v. 19: 15-32.
- TESTART, A. (1982) The significance of food storage among Hunter-Gatherers: Residence patterns, population densities, and social inequalities. *Current Anthropology*, v. 23, n. 5, p. 523-37.
- TOLSTOY, P. (1958) The archaeology of the Lena Basin and its New World relationships, part II. *American Antiquity*, v. 25, n. 1, p. 63-81.
- VASKOVSKIY, A. P. (1964) A brief outline of the vegetation, climate, and chronology of the Quaternary period in the Upper Reaches of the Kolyma and Indigirka rivers and on the Northern coast of the sea of Okhotsk. En MICHAEL, H. N. (Ed.) (1964) *The archeology and geomorphology of Northern Asia*. Toronto, University of Toronto Press, p. 464-505.
- WATANABE, H. (1971) Periglacial ecology and the emergence of Homo sapiens. En *The Origin of Homo sapiens*. UNESCO. p. 271-85.
- WHITE, T. D. Les Australopithèques. *La Recherche*, v. 13, n. 137, p. 1258-70.
- WORST, H. M. (1976) Locational relationships in Paleolithic Society. *Journal of Human Evolution*, n. 5, p. 49-58.